

No. 4 - Julio - 1957



REVISTA INFANTIL NACIONAL

TOMO IV

EXCELSIOR

Isaías Gamboa

*¡Niño, cree en ti! La firme confianza
en el propio valer el triunfo da;
uno mismo es factor de su esperanza
y uno mismo la torna en realidad.*

*Trabajar es vivir, y en lontananza
ha de haber un objeto, un ideal;
pues lo que alienta al hombre es la esperanza
es la voz que le dice: ¡más allá!*

*Alzate, sí; pero egoísta idea
no manche el timbre de tu esfuerzo audaz;
piensa en ti mismo y en los otros; sea
tu más alta pasión la humanidad.*

(Fragmento)



Revista Infantil Nacional

FAROLITO

Directora:

EVANGELINA GAMBOA

Administración:

GUILLERMO SOLERA R.

ONDINA PERAZA

San José — Costa Rica

Sumario:

Excelsior	1
Luna, Lunera	2
Los Cisnes Salvajes	3
Los dos Hermanos	9
El Carlanco	11
La Jícara Guanacasteca	13
Página de los Niños	15
Mies	16

JULIO 1957
NUMERO 4

Maderas: Francisco Amighetti.

Dibujos a pluma: Juan Manuel Sánchez.

VALE:
¢ 0.20

LUNA, LUNERA

Luna, lunera,
cascabelera,
cinco toritos y una ternera.

Porque la luna tiene
un cascabel,
la flor de media noche
ríe otra vez.

Cinco toritos gordos
quieren saber
si la luna, en el circo,
baila sin pies.

¡Ay, qué cielo lunadol
¡Ay, qué vergell!
El panal de la luna
rebose miel.

Luna, lunera,
cacabelera,
cinco toritos
y una ternera.

Claudia Lars



LOS CISNES SALVAJES

(Continuación)

—Mañana nos iremos—dijo el mayor—, y volveremos a vernos dentro de un año. No quisiéramos dejarte aquí. ¿Tienes suficiente coraje para seguirnos? Mi brazo es lo bastante fuerte para llevarte a través de todo el bosque, y nuestras alas unidas serán suficientes para llevarte hasta el otro lado del mar.

—Sí— contestó Elisa—, llevadme con vosotros.

Los hermanos se pasaron toda la noche tejiendo una red con la corteza flexible del sauce y los tallos del junco. Elisa fue colocada en ella al día siguiente, y cuando apareció el sol, sus hermanos trocados nuevamente en cisnes salvajes, cogieron la red con sus picos y alzaron el vuelo hasta las nubes llevando a su hermana querida, que aún dormía. Como los rayos del sol caían sobre su rostro, uno de los cisnes voló sobre su cabeza para hacerle sombra con sus largas alas.

Cuando Elisa despertó los cisnes estaban ya muy lejos de la tierra; creyó que estaba todavía soñando, tan extraordinario le parecía ser llevada así sobre el mar, por el aire y a tal altura. A su lado había una rama cargada de frutos deliciosos y racimos de uvas exquisitas que

el más joven de sus hermanos preparó para ella. Así, pues, Elisa le sonrió reconocida, porque descubrió que era el que volaba encima de ella para hacerle sombra con las alas.

Los cisnes se elevaron tan alto que el primer navío que vieron parecía una pequeña miguita de pan sobre el agua. Detrás de ellos iba una gran nube que parecía una montaña; Elisa vio en ella su sombra y la de los once cisnes, grandes como gigantes. Era el espectáculo más admirable que jamás había contemplado; pero cuando el sol se hubo levantado hasta el punto más alto del cielo, la imagen flotante desapareció.

Como las flechas hienden el aire, así volaban los once cisnes durante todo el día, aunque algo más lentamente que de costumbre, ya que llevaban consigo a su hermanita. El tiempo empezó a ponerse malo y la noche se iba acercando; Elisa advirtió alarmada que el sol se acercaba al horizonte, sin ver todavía el islote solitario en medio de las aguas. Le pareció también que los cisnes agitaban sus alas con mayor esfuerzo. ¡Qué desdicha! Era ella quien los hacía demorar; una vez puesto el sol se transformarían de nuevo en hombres y caerían al agua ahogándose. Dirigió desde el fondo de su corazón una ardiente plegaria al buen Dios, pero la roca aún no aparecía. La nube negra se acercaba rápidamente; el viento anunciaba tempestad y el trueno ya retumbaba, mientras los relámpagos empezaron a seguirse unos a otros.

El sol tocaba al borde de las aguas y el corazón de la joven palpaba fuertemente. Los cisnes bajaban tan rápidamente que tenía la sensación de caer; pero pronto volvieron a tomar vuelo. El sol se hallaba a medias hundido en el mar cuando ella vio el pequeño escollo, no más grande que un lobo marino, que mostraba su cabeza por encima de las olas. Ya el sol no parecía más que una simple estrella cuando Elisa pudo apoyar sus pies sobre la roca, y cuando se extinguió del todo, como la última chispa de papel quemado, vio a todos sus hermanos alrededor, que se tenían por las manos. No quedaba ni un lugarcito vacío. Las olas azotaban la roca y pasaban por encima de sus cabezas como una lluvia torrencial; el cielo parecía llamear y los truenos rugían sin cesar. Pero hermana y hermanos, cogidos por las manos, entonaron un salmo para darse ánimo mutuamente.

Al alba el aire se calmó y quedó limpio. Los cisnes levantaron vuelo con Elisa en el momento en que el sol apareció. El mar seguía

agitado; visto desde lo alto, su espuma blanca se parecía a miles de cisnes mecidos por las olas.

Poco después vio Elisa delante de ella una tierra montañosa, que parecía flotar en el aire. En medio de brillantes ventisqueros y de rocas escarpadas, un alto castillo se levantaba rodeado de galerías situadas una encima de la otra. A los pies del castillo se extendían bosques de palmeras y florecían magníficas flores, tan grandes como ruedas de molino. La joven se preguntó si era ese el país al cual se dirigían, pero los cisnes movieron la cabeza para decir que no, pues ese palacio maravilloso, que cambiaba continuamente de forma, no era sino la residencia del hada Morgana. Jamás hombre alguno pudo penetrar en él.

Mientras Elisa contemplaba el espectáculo, las montañas, los bosques y el castillo se derrumbaron repentinamente y en su lugar aparecieron veinte iglesias estupendas, todas iguales, con altas torres y ventanas en ojiva. Le pareció oír el grave son del órgano, pero no era sino la música de las olas. Ya estaban muy cerca de las iglesias cuando súbitamente las vio transformarse en una flota que navegaba debajo de ellos. Poco después no quedaba más que una cortina de niebla difundiéndose en el mar.

Por fin percibió el país adonde iban. Eran montañas azules, con grandes bosques de cedros, ciudades y castillos. Mucho antes de la puesta del sol se halló sentada sobre una roca, delante de una gran caverna rodeada de plantas trepadoras que se parecían a alfombras bordadas.

—Ahora veremos qué soñarás esta noche—le dijo el más joven de sus hermanos—mostrándole a Elisa el lugar donde debía dormir.

—¡Ojalá pudiera yo soñar el medio de ayudaros!—contestó ella.

Y con esta preocupación, que la absorbía completamente, púsose a invocar la ayuda de Dios y ni siquiera en sueños dejó de rezar.

De pronto le pareció que se levantaba muy alto en el aire, hasta el palacio nebuloso de la reina Morgana. El hada misma iba a su encuentro, y a pesar de su belleza y esplendor se parecía a la anciana que le dio fruta en el bosque y la habló de los once cisnes coronados de oro.

—Tus hermanos podrán ser liberados—díjole el hada—pero necesitarán de todo tu valor y de toda tu perseverancia. Es cierto que el agua, más suave que tus manos delicadas, puede redondear las piedras duras, pero ella no siente los dolores que van a sentir tus dedos; no

tiene la sensibilidad que posees tu ni padece los tormentos que tendrás que sufrir. ¿Ves esta ortiga que tengo entre mis manos? Muchas semejantes crecen alrededor de la caverna que ocupas, pero las que sirven son únicamente aquellas que crecen sobre las tumbas del cementerio. No olvides nada de lo que estoy diciéndote; las arrancarás aunque tu piel, al tocarlas, se cubra de ampollas; luego las aplastarás con tus pies para hacer con ella un hilo, con el que deberás tejer once túnicas con amplias mangas. Echales encima esas túnicas a los once cisnes salvajes y el encantamiento se romperá. Pero, recuérdalo bien: desde el momento en que comiences tu trabajo hasta el momento en que lo termines, aunque tardes muchos años, tendrás que guardar el más absoluto silencio. La primera palabra que salga de tus labios llegará al corazón de tus hermanos como una puñalada mortal. De modo que su vida depende de tu lengua. No olvides ninguna de mis recomendaciones.

Al mismo tiempo tocó con la ortiga la mano de Elisa, quien despertó de golpe, como quemada por el fuego. Ya era día avanzado, y cerca del lugar donde durmiera descubrió una ortiga idéntica a la que vio en sueños. Entonces la joven se arrodilló y dio gracias a Dios, saliendo en seguida de la caverna para empezar su trabajo.

Con sus manos delicadas arrancó las feas ortigas ardientes y sufrió pacientemente el dolor, para salvar a sus hermanos queridos. Luego aplastó cada tallo de ortiga con sus pies descalzos e hizo una hilaza verdosa.

Después de que el sol se puso regresaron sus hermanos, los que se asustaron mucho al advertir que su hermana había enmudecido, creyendo en el primer momento que se trataba de otro sortilegio de su madrastra. Pero al observar sus manos comprendieron que trabajaba para ellos; el más joven se puso a llorar, y donde caían sus lágrimas, el dolor cesaba y las ampollas desaparecían.

Elisa pasó toda la noche trabajando, no queriendo descansar hasta haber liberado a sus hermanos.

Al día siguiente, durante la ausencia de los cisnes quedó solita; sin embargo, nunca las horas transcurrieron tan veloces para ella. Pronto una túnica quedó terminada y se puso a trabajar en la segunda.

Estando ocupada en esta tarea oyó de pronto el sonido de un cuerno de caza, entre las montañas, y se le llenó el corazón de terror. Como ese rumor se acercaba cada vez y se oyeron ladridos de perros,

entró prestamente en la caverna, recogió todas las ortigas, hizo un bulto con ellas y se sentó encima para esconderlo.

Momentos después un gran perro salió de entre las malezas, luego otro y otro más. Desaparecieron ladrando, para volver poco después; minutos más tarde todos los cazadores llegaron a su vez, mientras el más hermoso de ellos, que era el rey del país, se acercó a Elisa. Jamás había visto una belleza semejante.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí, hermosa niña?—le preguntó.

Elisa sacudió la cabeza, porque la vida de sus hermanos dependía de su silencio, y escondió sus manos en el delantal para que el rey no se diera cuenta de sus sufrimientos.

—Ven conmigo—continuó él—; no puedes quedarte aquí. Si eres tan buena como bella, te vestiré de seda y terciopelo, pondré una corona de oro sobre tu cabeza y te daré el más rico castillo para que vivas en él.

Luego la colocó sobre su caballo. Ella lloraba y se torcía las manos.

—No quiero más que tu felicidad; un día me lo agradecerás—continuaba el príncipe.

Y se encaminó a través de las montañas, con la jovencita sentada delante de él y seguido por los demás cazadores.

Continuará en el próximo número.

CONCURSO DE LA REVISTA FAROLITO

Para dar oportunidad a otros niños que desean participar en el CONCURSO DE LA REVISTA FAROLITO ampliamos el término hasta el 15 del presente mes.

Los trabajos deben enviarse a la siguiente dirección:

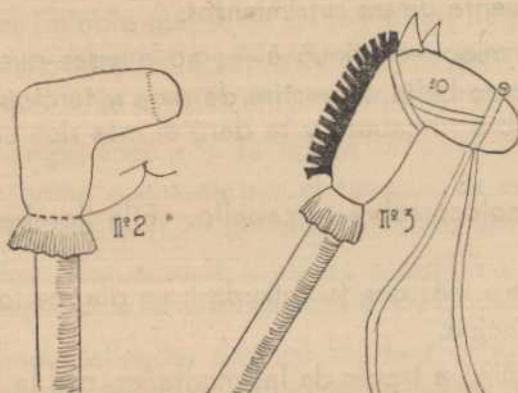
Srita. Ondina Peraza.

Ap. 4046, Administración Farolito.

San José.

SOLUCION A LAS ADIVINANZAS DEL NUMERO ANTERIOR

1.—Tela. 2.—Damajuana. 3.—El sapito.



INDICACIONES

Para hacer un caballito de media, usted necesita una media, dos botones, aguja e hilo, dos orejas y crin de cartón plástico o carpeta.

1.—Rellene la media con pedazos de papel, serrín o balsa.

2.—Introduzca un palo de escoba en la media rellena y asegúrelo con doble hilván.

3.—Complete la cabeza cosiendo los ojos, la crin y las orejas.

4.—Termine el caballito poniéndole una jáquima y unas riendas.

Y ahora a dar un paseo en TROT, su lindo caballito de media.



LOS DOS HERMANOS

Iba a dar agua al caballo,
 como era costumbre mía,
 y vi una mora lavando
 al pie de una fuente fría.

—Apártate, mora bella,
 apártate mora linda,
 deja que beba el caballo
 de esa agua tan cristalina.

—No soy mora, caballero,
 que soy cristiana cautiva;
 me cautivaron los moros
 día de Pascua Florida.

—¿Te quieres venir conmigo?

—De buena gana me iría;
más los pañuelos que lavo,
¿dónde me los dejaría?

—Los de seda y los de Holanda,
aquí en mi caballo irían,
y los que nada valieran
la corriente llevaría.—

Al llegar a aquella tierra
ella a reír se ponía.

—¿Por qué ríes mora bella,
por qué ríes, mora linda?

—Me río al ver esta tierra,
que es toda la patria mía.—

Al pasar por estos montes
ella a llorar se ponía.

—¿Por qué lloras, mora bella,
por qué lloras, mora linda?

—Lloro porque en estos montes
mi padre a cazar venía
con mi hermano Morabel
y toda su comitiva.

—¿Cómo se llama tu padre?

—Mi padre, Juan de la Oliva.

—¡Dios mío! ¿Qué es lo que oigo,
Virgen Sagrada María?

Pensaba llevar mujer
y llevo una hermana mía.

Abra, madre, la puerta,
ventanas y celosías,
que aquí le traigo a la rosa
que lloraba noche y día.

Romance popular español



EL CARLANCO

Había tres ovejitas que se reunieron para labrarse una casita: hiciéronlo así con muchas ramitas y yerbecitas, y después de concluída, la mayor se metió en ella, atrancó la puerta y dejó a las otras fuera; las otras no tuvieron más remedio que labrarse otra, y concluída que fue, la mayor de las dos se metió dentro, cerró la puerta, y dejó a la más chica fuera, sola y abandonada. Echóse ésta a llorar, cuando

acertó a pasar un albañil y le preguntó qué tenía, y la ovejita se lo contó. Entonces el albañil le labró una casa muy buena, con sus paredes de cantos y su techo de tejas; además revistió la puerta y toda la casa de púas de hierro, por si venía el Carlanco que se clavase en ellas.

Vino el Carlanco, y llegando a la casita de la oveja mayor dijo:

Abre la puerta al Carlanco,
si no te mato.

La ovejita contestó:

—Abrela, guapo.

Entonces echó la puerta, que era de ramas, abajo, y se la comió, y lo mismo sucedió con la segunda; pero cuando llegó a la casa de la tercera, dijo:

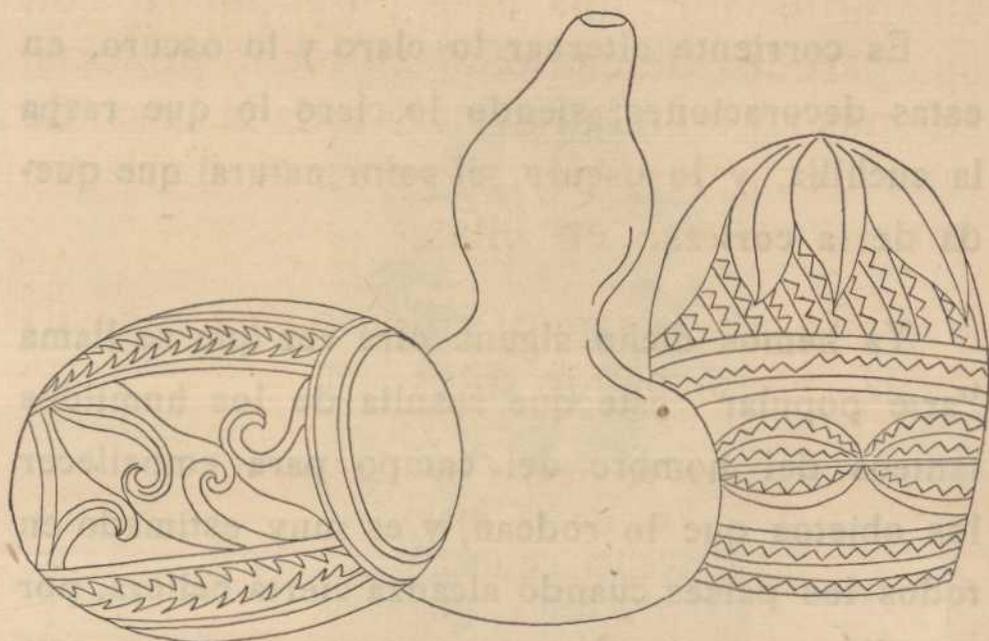
Abre la puerta al Carlanco,
si no te mato.

La ovejita contestó:

—Abrela, guapo.

Entonces se echó con tanta furia contra la puerta, que se clavó todas las púas y se quedó muerto.

Fernán Caballero



LA JICARA GUANACASTECA

Un poeta de Costa Rica, dijo una vez “el paisaje redondo de la jícara”... Porque la jícara guanacasteca lleva en su superficie todo un paisaje con sus flores, sus hojas y sus animalitos: coyote, ardillas, pavos o pájaros. Los dibujan con la cuchilla hombres sencillos que no han aprendido Dibujo, pero que tienen el buen gusto de adornar la humilde vasija que es la jícara mien-

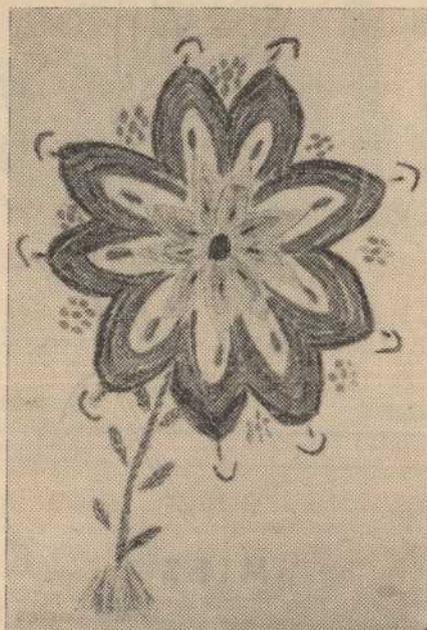
tras descansan del cuidado del ganado, de arar o de recoger la cosecha y almacenarla en la troje.

Es corriente alternar lo claro y lo oscuro, en estas decoraciones; siendo lo claro lo que raspa la cuchilla, y lo oscuro, el color natural que queda de la corteza.

Ya hemos dicho alguna otra vez que se llama "arte popular" éste que resulta de los humildes tanteos del hombre del campo para embellecer los objetos que lo rodean, y es muy estimado en todos los países cuando alcanza cierta belleza, por sencilla que sea. Nosotros, tenemos como arte popular— que aprecian mucho los extranjeros—la decoración de carretas, y allá en el Guanacaste, además de elaborar con gracia y complicación los aperos de los caballos se engalanan con cariño los frutos del jícaro que son las jícaras, para beber en ellas el agua, el tiste o el chocolate.

Con ellas, también los guacales lucen el "paisaje redondo", tapando las bocas de las tinajas nicoyanas, rojas y frescas.

j. m.



Idita Contreras Dávila, IV Grado
Escuela de Belén - Carrillo, Guanacaste.

LA LLUVIA

Ya viene la lluvia,
florecen los lirios,
de ricos olores
y lindos colores.

María de los Angeles Vargas
Escuela de San Antonio de Belén, Heredia.



MIES

Jaime Torres Bodet

¡Qué crecida está la mies
 entre la noche morena!
 ¡Tan crecida!... ¡Tan azul!...
 ¡Casi no toca la tierra!
 El que la fuera a segar
 en vez de coger espigas
 podría cortar estrellas...
 Las traería al pajar.
 Por las rendijas abiertas
 la luna haría brillar
 el collar de las luciérnagas.
 Se acostaría un pastor
 en las estrellitas frescas.
 El sueño que allí soñara
 sería como una niebla.
 Los ojos le dejaría
 llenos de alma doncella,
 profundos, claros, azules
 como los ojos del mar
 en la madrugada tierna...

Lehmann 108596